

la Francia venga á dotarlo de estas instituciones, porque conoce que este intento es un ataque á su libertad política y á su independencia.

Forey prevé, que un gobierno que se derivara del sufragio emitido en virtud de la convocatoria del ejército frances, sería enteramente impopular en México, y tendría que ser en extremo condescendiente con la Francia. Hé aquí la necesidad de apoyarlo contra todos los disidentes, y dejar en el país fuerza armada que lo sostenga. Así los que vienen en pos de una Algeria, sólo hallarian en México una nueva é interminable cuestion de Roma, con diferencias muy desfavorables para la Francia, que si puede contener al pueblo de la ciudad eterna, no podría hacer otro tanto en el vasto territorio de la República.

No adivinamos cuáles sean los *ciertos antecedentes* que muevan á la Francia á no querer ni poder tratar con el gobierno ó con la persona de Juarez, ni comprendemos que tenga que ver el carácter personal de un gobernante con las cuestiones internacionales. Los gobiernos, bajo cualquier sistema, no son más que los apoderados ó agentes de los pueblos. Los pueblos, pues, son enteramente libres para instituir el gobierno que mejor les parezca, y su eleccion, su aquiescencia, y aún su sufrimiento, dan títulos de legitimidad que respetan las naciones extranjeras. El gobierno de Juarez es legítimo, está reconocido y obedecido por el pueblo mexicano, es gobierno de *jure* y de *facto*, y estos son títulos suficientes para que todos los gobiernos extranjeros que con México quieran tratar, tengan que negociar con ese mismo gobierno, sea ó nó de su gusto.

La Francia conoce ó debe conocer la Constitucion que rige en México, y por lo mismo, tiene que reconocer como legítimo al gobierno que de ella se deriva. Pero aun en el caso de que Juarez fuera un usurpador, el simple hecho de ser obedecido por el pueblo mexicano, le daría título bastante para que las potencias extranjeras trataran con él, y sólo con él, siempre que quisieran negociar con México. La Francia sobre todo, está á ello más obligada que ninguna otra nacion, una vez que ha declarado que en México, para reconocer un gobierno de *facto*, le basta que tal gobierno exista en la área de la capital.

Con el gobierno de Juarez, ha tratado el del emperador de los franceses, desde que el primero estaba en Veracruz, despues lo reconoció solemnemente por me-

dio de M. de Saligny, recibió al Sr. Fuente en Paris, como su plenipotenciario, y por último, trató con el mismo gobierno en los preliminares de la Soledad. ¿Qué ha hecho despues este gobierno para que la Francia quiera considerarlo como no existente? Defender al país de la agresion francesa y rechazar la fuerza con la fuerza.

Esto, en cuanto al gobierno, en cuanto á la entidad moral establecida para representar á la nacion ante el mundo. Por lo que hace á la persona del actual presidente de la República, en la paz y en la guerra, está fuera de toda discusion; y no son los gobiernos extranjeros los que tienen que examinar sus cualidades, sino el pueblo mexicano á quien inspiraron confianza para encomendarle la primera magistratura. Todo esto es de tal evidencia que no necesita demostracion, y que ni siquiera se alegan razones en que fundar este voto de la Francia en la creacion de los gobiernos de otros países, y por lo mismo nos encontramos sin tener que refutar. En todo esto, sólo descubrimos la innoble mira de suscitar ambiciones y discordias, de promover dificultades interiores y debilitar la accion del gobierno nacional. La Francia sigue la máxima de *divide et impera*, pero este medio maquiavélico se estrelló ante el buen sentido del país, y ya la Francia está viendo que sólo aventureros, bandidos y asesinos van á ponerse bajo su amparo.

Tan notoria es la falta de razon para considerar al gobierno ó á la persona de Juarez como obstáculo para tratar, que se añade que la imposibilidad desaparecerá si el resultado de las elecciones le es favorable. No se quiso llegar al colmo del descaro diciéndonos: "Sois libres para elegir con tal que no elijais á Fulano y que elijais á Zutano." Para la práctica, para los medios de ejecucion, se reserva esta curiosa libertad. Quiérese sí alucinar á los partidarios de Juarez y al partido liberal, con presentarles en perspectiva una eventualidad conforme á sus aspiraciones, y hacerles creer que contarán con el apoyo de las armas francesas para aniquilar á los disidentes, y aceptar así lo que se ha llamado intervencion amistosa. ¡Vano y ridículo intento! Los actos que el pueblo mexicano ejerce en uso de su soberanía, no necesitan para ser válidos de la aprobacion ó reprobacion del extranjero, y Juarez es Presidente conforme á la ley y por voluntad de los mexicanos. Admitir esa especie de ratificacion ó de *contrôle* de parte de la Francia, sería abdicar nues-

tra independencia y aceptar una degradante tutela en nuestros negocios interiores. Si el Sr. Juarez, lo que no hará jamás, porque tiene la conciencia de su deber y de su dignidad, se prestara á representar un papel en este sainete ideado por el emperador y explicado por Forey, perderia todos sus títulos de legitimidad para trocarlos por los que á la execracion del país tiene el usurpador Almonte; perderia todo prestigio, toda popularidad, y la nacion perseverando en la lucha, lo consideraria como al primer traidor y se arrepentiria de haberlo honrado con sus sufragios. Forey puede estar seguro de que á nadie seduce con su programa, y de que ha andado muy poco hábil en disfrazar sus intenciones.

Aunque se ha ofrecido ya especial proteccion á los *espíritus fuertes*, es decir, á los traidores que fueron á unirse al invasor, Forey protesta que su ejército no sostendrá á ningun partido, y que para probar la sinceridad de esta declaracion, desconoceria el simulacro de gobierno de Almonte, no consideraria en vigor sus decretos, ni válidos sus nombramientos de funcionarios públicos, comenzando por el general Woll que se titulaba gobernador.

Es tiempo ya de que en México se comprenda que la Francia viene á ultrajar á la República entera, y por consiguiente á todos los partidos, y que sólo pueden simpatizar con ella miserables traidores que en nada tengan la independencia de su patria. Hay palpable contradiccion en proteger á los espíritus fuertes y en decir que no se sostiene á ningun partido, cuando esa minoría imperceptible de bandoleros constituye lo que se llama partido conservador.

El desconocimiento de Almonte y de sus actos, que se ha consumado dias despues, es ya un acto de intervencion, como lo fué la creacion del gobierno del titulado *jefe supremo*. Este paso, por lo mismo, no indica que la Francia esté dispuesta á respetar la voluntad del pueblo mexicano; ni á mezclarse en nuestro régimen interior. Lo cierto es que ha comprendido la nulidad de Almonte, y el ridículo de que ha cubierto al gobierno frances. Se le creyó á propósito para la mision de paz y conciliacion de hacer aceptar á los mexicanos la voluntad de Napoleon; se creyó que era un hombre de honrosos antecedentes y de grande influencia en el país para criar un gobierno sumiso á Francia: los hechos han probado todo lo contrario, y el despreciable saltimbaqui sufre un completo desaire

en expiacion de sus embustes. ¡Digno premio de su infamia!

No será otra la suerte de cuantos fantasmas de gobierno críe en México el ejército frances, y despues de ensalzarlos y enaltecerlos, Napoleon tendrá que derribarlos de un puntapié. Nada sólido, nada estable puede criar la intervencion francesa, por la sencilla razon de que no puede criar nada nacional, nada que se derive de la voluntad del pueblo mexicano. Así deben comprenderlo el mismo Napoleon y los corifeos del partido latino, émulos de Almonte, que al regocijarse de su caída han de querer ser sus sucesores.

El último proyecto de Forey consiste en ir estableciendo en los lugares que ocupa, ayuntamientos elegidos conforme á las leyes del país, y ha comenzado por crear electo por el pueblo al traidor Serano, declarándolo alcalde primero de Veracruz.

La organizacion de los ayuntamientos, bajo la influencia de las armas francesas, no importa un homenaje á nuestras leyes, ni una prueba de consideracion á nuestro pueblo; es pura y simplemente un paso preliminar para las elecciones á que hemos de ser convocados, y para este caso se quiere tener dóciles instrumentos que se presen á falsear el sufragio. La Francia conoce, pues, que no todo puede hacerlo por la fuerza de sus armas, y que necesita ayudarse de los medios políticos que emplea en su propia casa para tener un cuerpo legislativo de portentosa maleabilidad.

Bueno es que conozcamos algunos de sus planes, y que comprendamos que si tenemos que rechazar la fuerza con la fuerza, también tenemos que frustrar intrigas de baja ralea. En toda poblacion ocupada por el enemigo, ningun mexicano debe concurrir con su voto á la eleccion de ayuntamientos, ni á las de nuevo gobierno. Salir de un digno y absoluto retraimiento, es sancionar y aceptar el yugo del extranjero, es incurrir en el delito de traicion á la patria.

Aun cuando triunfara sobre nosotros el invasor, vencidos podemos darle una completa derrota, frustrando todos sus planes, si lo dejamos en el más completo aislamiento y si no hay mexicanos que acudan á sus falaces llamamientos, que no tienen más fin que dar un barniz de legalidad á su usurpacion y á su conquista. Tal debe ser la conducta de los mexicanos todos, despues de haber agotado todos los medios posibles para rechazar la fuerza con la fuerza. Hechos así harán conocer

toda la verdad á Napoleon, que ya la conoce á medias. Es preciso persuadirle de que es impotente para esclavizar á México, aunque para oprimirlo pretenda engañarlo.

El general anunció, por fin, que ha cambiado completamente la política de su país; declaró que se han cometido errores que era preciso enmendar; que Mr. de Saligny no es ya nada y está aniquilado, reemplazándolo como plenipotenciario el mismo Forey.

Hemos expuesto ya las razones en que nos fundamos para considerar este cambio de política sólo como aparente; y después de las explicaciones que ha hecho Forey de las miras de su soberano, nadie puede negar que la Francia ha cometido graves errores en México; pero todo el mundo reconocerá que se prepara á cometer otros nuevos, en vez de enmendar los anteriores. Que Mr. de Saligny ó el general Forey sea el encargado de realizar las miras de Napoleon, importa muy poco en verdad, y cualquiera de los dos alcanzará el mismo éxito, estrellarse ante lo imposible.

Todo consiste en que México preserve en la digna y enérgica actitud en que se ha colocado desde que se inició la lucha. Esta constancia hará confesar al mismo Napoleon, que es impotente para arrancar su independencia al pueblo mexicano.

ARTICULO IV.

Las revelaciones del "Esprit public" de Paris.

La necesidad de engañar á la opinion pública y la costumbre de Napoleon, de atribuirse los más fantásticos y prodigiosos proyectos, han hecho que en Paris, uno de los órganos más acreditados de la política imperial, haya desmentido las declaraciones todas, hechas en Veracruz por el general Forey. Las revelaciones hechas por el *Esprit public*, están en pugna abierta con las promesas del general en jefe de la expedición, y tal vez el redactor de ese periódico, Mr. Hippolyte Castille, antiguo republicano, recién convertido al imperialismo, con la precipitación con que proceden siempre los apóstatas, se ha olvidado del consejo de Talleyrand *pas trop de zèle*, y ha incurrido en una verdadera imprudencia, al desembozar las miras de su señor. Sea como fuere, lo que el órgano gubernamental publicaba en Paris, sobre el

objeto de la expedición á México, desautoriza todas las palabras del jefe de la misma expedición.

Forey declara que viene á reparar el *negocio* del 5 de Mayo, á rodearse de los espíritus fuertes, á tomar con su auxilio la ciudad de México, á derrocar las instituciones y el gobierno del país, y á convocar á los mexicanos á que, dirigidos por Ayuntamientos que instalen las armas francesas, procedan á elegir un nuevo gobernante, que será protegido contra todos los disidentes, aun cuando resulte electo el mismo Sr. Juarez. Mr. Hippolyte Castille, que no escribe sino lo que le manda el emperador, declara que no hay nada de esto; que se trata de altas cuestiones políticas y religiosas, de los intereses de las razas latina, anglo-saxona y grego-slava, de reparar algo más atrasado que el *negocio* de Puebla y que el *negocio* de Waterloo, de reparar el *negocio* de San Quintín, de continuar la política de Luis XIV, todo lo que se logra en un abrir y cerrar de ojos, conquistando á México para convertirlo en una nueva Algeria, que pueda ver bien explotada por el pueblo y el ejército francés, que se sienten devorados por la necesidad de obrar. Y quienes invocan esta necesidad como plausible pretexto para una conquista, se han atrevido á condenar indignados, lo que el filibusterismo yankee llama su destino manifiesto!

De estas dos declaraciones de la política imperial, una cuando ménos tiene que ser falsa, una vez que es notoria la contradicción que entre ambas existe. Así, pues, ó el general Forey, con todo el poder de la expedición y del honor francés, comienza su misión representando un papel de impostor de vaudeville, para engañar al pueblo mexicano, haciéndole creer que va á tener libertad moral, y un gobierno apoyado desinteresada y benévola por las armas de la Francia, ó el *Esprit public* prorumpie en su charla florida para engañar al pueblo francés, ofreciéndole el incentivo de la gloria militar y de una riquísima conquista. Cualquiera de estas dos cosas, es indigna de un país que se llama la Francia, y que pretende llevar la bandera de la civilización, y lo que parece cierto es, que Napoleon tiene que engañar á un tiempo al pueblo francés, para hacerlo soportar los enormes sacrificios que le impone con su ligereza é imprevisión, y engañar al pueblo mexicano, para hacer ménos vigorosa su resistencia. Forey, en Veracruz, el representante armado del emperador, y Castille

en Paris, el intérprete de los designios imperiales, hacen un triste papel, gritando cada uno como charlatanes de aldea: *prenez mon ours*.

¿Cuál es el plan verdadero del gobierno francés en la expedición? Nadie lo sabe, no lo sabe acaso él mismo, y en esto es consecuente con la política incierta que ha seguido en toda cuestión grave, sin haber dado solución satisfactoria á nada de lo que ha emprendido.

El *Esprit public*, acusa al pueblo francés de degradación de alma, de pequeñez de ideas; encuentra deprimido el corazón de la Francia, y disminuida su inteligencia, porque no es popular la expedición contra México. Le parece profundamente desgarrador, oír en todas partes estas terribles preguntas: ¿para qué se emprende esta expedición? ¿para qué se gasta tanto dinero? ¿qué vamos á hacer á un país en que nos diezmar la fiebre amarilla y el vómito?

Cuando todo un periódico ministerial se toma la pena de ocuparse de estas preguntas, es prueba de que las hace sin cesar la opinion pública, de que el gobierno no marcha de acuerdo con el pueblo, y tenemos idea muy alta del pueblo francés, para estar seguros de que si creyera que á México lo llamaba una cuestión de honra y de dignidad nacional, no se preocuparía del resultado de la expedición, ni le importaría que en ella se gastaran tesoros, ni se acordaría de la fiebre y del vómito.

Lo cierto es, que el pueblo francés no vé en México comprometido el honor de la Francia; que conoce que su gobierno viola los principios de la justicia; que se disgusta de los gastos inmensos que se le imponen, cuando bajo el imperio, el déficit sigue una progresión siempre ascendente; y se irrita de que sus soldados sean sacrificados en climas mortíferos, por satisfacer el capricho del emperador, que con sus mismos actos, demuestra que ha caminado al acaso y sin plan, y que tiene que apelar al triste recurso de tejer y destejer.

Y ¿cómo se contesta por el escritor ministerial, á estos justos clamores de la opinion? Con la bafa y el insulto, apellidando degenerados á los franceses que no quisieren ver la bandera de su patria, comprometida en una empresa tan temeraria como deshonorosa, y asegurando que esas quejas sólo salen de perfumados retretes ó de corrillos de café, como si nada

tuvieran que ver en la suerte de la Francia, todos los que no son soldados.

Con la conducta de estos franceses degenerados, porque pretenden saber cómo se juega el honor de la Francia, se pone en contraste la heroica conducta de los soldados que vienen á dar la vida por una idea que acaso no comprenden, siendo para ellos razón suficiente, el honor de su bandera. Este elogio de sacrificarse por lo que no se comprende, que Castille hace á los soldados de la expedición, no ha de ser envidiado por los franceses degenerados que pretenden comprender las miras del gobierno, antes de secundarlas. Castille pinta en tono de elogio al ejército francés, como Benavides pinta en tono de reproche á las chusmas reaccionarias: entes que sin pensar ni sentir, se dejan llevar á remolque. Triste elogio en verdad! Pero por fortuna no muy merecido, pues justo es decir, que en el mismo ejército francés, oficiales y soldados, se han avergonzado de ser aliados de Márquez y Galvez, de haber protegido á Almonte, se han indignado de los manejos de Mr. de Saligny, y han sentido lastimado su honor militar; ese honor que se quiere hacer pasar como razón suficiente de la guerra, al no volver á las posiciones de Paso-Ancho, y al ocupar por la perfidia, puntos que con las armas debieron disputar á nuestras tropas.

No deja de ser curioso y significativo, que tanto Forey como Castille, para explicar la nueva política del emperador, comiencen por reproches á franceses que no creen justa ni conveniente la expedición contra México.

El *Esprit public* no cree necesario demostrar la justicia de la guerra, ni enumerar las reclamaciones que haya que hacer á la República; pues las rebaja hasta el grado de igualar el *negocio* del suizo Jecker con las pretensiones de Almonte, que Forey acaba de chasquear, y proclama pura y simplemente la conveniencia de la conquista, regalando á sus lectores, castillos en el aire, algo que se asemeja á la fábula de la lechera ó á un cuento de las Mil y una noches.

Para alucinar al pueblo francés, no se le habla de lo justo, sino de lo grandioso, cuando debe estar ya escarmentado, cuando sabe por una triste experiencia las miserias y humillaciones que le han valido esos planes grandiosos, que son siempre irrealizables. "Si el gobierno imperial hubiera cometido cien faltas, encontraría, dice el *Esprit public*, en la buena di-

rección de esta alta empresa, el correctivo de sus errores." Expresarse así, es pretender que la conquista de México sea aceptada como una brillante reparación de todas las faltas y errores de la política imperial. No comprendemos cómo el desprecio de la justicia y de la razón, sean la reparación de esos errores, y nos parece que la expedición contra México, es la mayor falta de Napoleón, que ha recogido aquí una derrota material y muchas morales, y que ha de acabar por despertar la alarma en los dos continentes. Ya en toda la América ha debilitado considerablemente la influencia francesa, y los últimos sucesos están demostrando que no son invencibles las armas francesas, verdad que no olvidarán las naciones que parecen intimidadas.

Se dice que la expedición, que al mundo entero ha parecido una calaverada, es un pensamiento que por muchos años y lentamente se ha ido desarrollando y madurando en el cerebro imperial. Luego esta expedición no puede justificarse con los agravios del gobierno de Juárez, ni con ninguna de las declaraciones de Forey. Se ha invocado un pretexto, y ahora no se tiene ni este pudor.

Se trata de impartir auxilio á la raza latina, amenazada por los grupos de greco-salvos y anglo-saxones. Socorrer al débil, es una obra muy meritoria; pero tratándose de naciones igualmente libres y soberanas, nos parece que no hay derecho de auxiliar á viva fuerza, á quien no pide socorro. No sabemos en qué parte de América, hallará Mr. Castille grupos greco-slavos, pero nadie ha pedido el amparo á la Francia, para librarse del grupo anglo-saxon. Si la raza latina está destinada á ser absorbida por la Francia, no sabemos con qué título, triste es el destino de tal raza.

La suprema oportunidad, consistía en ocupar un punto cualquiera del continente americano, para esto se buscaba un motivo: Napoleón lo encontró, lo aprovechó, y el porvenir dirá. Todo esto demuestra una vez más, que México no ha provocado la guerra de invasión que actualmente sufre, siendo víctima de grandiosos planes, que no tienen por base la justicia.

Fijar un límite á esta ocupación, sería cosa imposible, dice el *Esprit public*, porque en diplomacia se sabe cuándo se sale del punto de partida; pero no se sabe, ni se puede decir cuándo se vuelve. ¿Quién no vé en estas palabras una estudiada disculpa de las contradicciones é inconse-

cuencias de Napoleón, en la cuestión de México, y un paliativo á la insigne mala fé con que se ha conducido? Hay escritores que con estampar la palabra "diplomacia," creen salir de todas las dificultades, y excusarse de la tarea de convencer á los pueblos de que una causa es justa.

De la diplomacia se pretende abusar hoy, como ántes se abusó de la razón de Estado. Si en diplomacia se ha de comenzar una empresa, sin saber cómo, ni cuándo ha de concluir, no hay que extrañar el embrollo que en todas partes produce la influencia francesa, en Turquía y en Italia, como en México. Caminando al acaso y sin plan, nada justo, nada sólido; nada grandioso puede consumarse.

El *Esprit public*, sin profundizar ninguna idea, y marchando con la volubilidad de mariposa que atribuye á la diplomacia, nos habla del antagonismo entre el absolutismo y la revolución; nota que en la revolución hay muy poco de la raza latina; observa que los latinos están muy divididos por la cuestión religiosa, fuente de cismas políticos; y de que el Brasil sea monárquico, y todos los otros países de América republicanos, y de que estos pueblos sean belicosos, deduce esta magistral conclusión: "Importa que el principio de la revolución convierta á estos enemigos en lo pasado, en auxiliares de una política á la que deberán su propia regeneración."

Confesamos que toda esta palabrería es para nosotros *música celestial*, y que en vano queremos hallar el sentido claro de lo que quiere decir el *Esprit public*, teniendo que juzgar por meras conjeturas.

Recordando que Napoleón pretende ser el representante de la revolución francesa, suponemos que toda la música del *Esprit* se reduce á sostener que Napoleón debe generalizar en América los principios de esa revolución. Pero es falsear esos mismos principios, creer que ellos tiendan á la unidad religiosa, y á formas de gobierno iguales en todo á las del Brasil; y el error sube de punto, si se imagina que los pueblos del Nuevo Mundo, á que se llama latinos, son partidarios del absolutismo, y no han hecho nada por la causa de la revolución. La independencia de todas las naciones de América, sus instituciones republicanas, basadas en el principio de la igualdad, y las grandes reformas por algunos de ellos alcanzadas en sus últimas revoluciones, son acontecimientos cuyo alcance y cuyo significado se desconocen á sabiendas, para dar á la

expedición el aire de propaganda revolucionaria.

Y para difundir en América los principios de 1789, la Francia hace alianza con la reacción en México, se liga con el fanatismo y con la intolerancia, y viene á derribar las instituciones más liberales, y á destruir al gobierno que ha establecido en toda su plenitud la libertad civil política y religiosa! La contradicción y el error saltan á los ojos.

No creemos que haya derecho para llevar la luz de la libertad en la punta de las bayonetas á los pueblos oprimidos, y opinamos que este fué el error capital de la revolución francesa; pero admitiendo este derecho por un momento, ¿qué nube ofusca la vista y la inteligencia de Napoleón, para hacerle ver el absolutismo triunfante en las repúblicas americanas, y no descubrirlo en muchos países de Europa, sobre todo en algunos de raza latina, particularmente en los Estados Pontificios, donde con sus armas apuntala el poder temporal del Papa? Es el colmo del descaro, pintar la expedición á México como una propaganda revolucionaria, cuando se viene á ahogar la libertad.

Forey nos dice que viene á exigir satisfacción de agravios: Castille desmiente este aserto, declarando que Napoleón no viene á México conducido por intereses tan secundarios como los negocios de Jecker y de Almonte; y afectando que es un misterio el pensamiento del emperador, supone que si en este pensamiento cabe la idea de fundar en México una Algeria americana, Napoleón encontraría considerables elementos políticos y religiosos. Esta es toda la razón que alega el *Esprit public*, y como se vé está muy lejos de ser concluyente, no sólo para convencernos de que debemos inclinar la cerviz ante el yugo del emperador, sino para persuadir al pueblo francés de la justicia, de la conveniencia, y sobre todo, de la posibilidad de transformarnos en una nueva Algeria. Pero ¿qué importa?... El *Esprit public* lo dice: La diplomacia napoleónica no sabe á dónde va, no tiene un fin determinado, y así puede ir cambiando con las fases de la luna.

El *Esprit* se complace de que ya la Francia haya metido el pié en México, y se figura que la permanencia de sus tropas va á influir en los conflictos americanos, y aún en el arreglo de las cuestiones europeas! Demasiado lejos va la imaginación de Mr. Hippolite Castille. Diez meses hace ya que la Francia metió el pié

en México, y hasta ahora sólo ha ganado manchar su pabellón con una violación de la fé pública, eclipsar sus glorias militares con la ruptura de una convención en cuyo cumplimiento se interesaba su honor, desacreditarse con la más bastarda de las alianzas, verse rechazada en el *negocio* del 5 de Mayo, y cantar la palinodia renegando de Almonte, después de haberlo ensalzado.

La influencia que todo esto ha tenido en América está á la vista de todos: suscita alarmas en todo el continente y enajenarse las simpatías de todas las Repúblicas católicas y latinas, ya que así las quiere clasificar Mr. Castille.

Venir á resolver en México las cuestiones europeas, tan embrolladas por la diplomacia, es un ensueño que á nadie ha de halagar. En la política vacilante de Napoleón, que teme á la revolución en Francia y al absolutismo en el exterior, no hay que esperar soluciones satisfactorias, si no las obtienen por su propio esfuerzo los pueblos siempre engañados por la Francia. Se creyó arreglar la cuestión del Véneto, dando al Austria, como precio de la manumisión de esa parte de la Italia, el trono de Moctezuma para el archiduque Maximiliano, y de este proyecto se ha burlado ya la Europa entera, sin excluir á la grave corte de Viena.

¿Si se querrá ahora librar á la Europa del Papa, y hacer este precioso regalo á los latinos republicanos y católicos de América? No percibimos en verdad qué cuestiones han de decidirse en la nueva Algeria. Sólo prevemos que esta malhadada expedición de México ha de abrir los ojos á la Europa entera, y ha de hacer comprender á los pueblos oprimidos de la Europa, que nada tienen que esperar de la Francia, cuya diplomacia no sabe á dónde va. Vamos teniendo ya que Mr. de Saligny sea la fiel expresión de esa diplomacia, y esto es cuanto hay que decir.

Y después de todo esto, Mr. Castille reconoce que es muy difícil explicar el verdadero sentido de la expedición, lo que indica que no ha hecho más que entretenerse en forjar quimeras y visiones para alucinar al pueblo francés é inspirarle deseo de ser conquistador y colonizador, cuando su historia le demuestra que no es ni para lo uno, ni para lo otro. La conquista de América por la España del siglo XVI es un acontecimiento único en la historia que no puede repetirse, por más que se crea en el círculo de Vico, y decididamente Forey no ha de ser un segundo Hernán Cortés